

Dos Visiones de la Mentalidad Migrante: del Síndrome de Ulises al de Jasón. Entre los afectos y los bienes materiales

Diego Martín Velázquez Caballero*

Contexto

Los emigrantes mexicanos en Estados Unidos sufren procesos de transculturación y aculturación que, aún cuando Samuel Huntington¹ diga lo contrario, manifiestan su accidentada asimilación. Estas evoluciones sociológicas han sido incorporadas al ámbito de las enfermedades mentales. El llamado “Síndrome de Ulises²” era una condición generalizada en los migrantes; empero, ahora³, dadas las políticas de seguridad que tienen los países receptores y la situación económica global, también ha sido incorporado el “Síndrome de Jasón”. De ambos fenómenos se propone hablar el presente estudio.

El primer arquetipo, el Síndrome de Ulises, hace alusión al stress y depresión que sufre el emigrante frente a las constantes pérdidas que ha tenido. Desde el paisaje de su contexto, pasando por sus seres queridos, la actividad económica a la que se dedicaba y, sobre todo, la cultura y el código de valores

* Profesor investigador de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

¹ Huntington, Samuel (2004). *¿Quiénes somos?*, Paidós. España

² Según su descubridor, el doctor Joseba Achótegui, psiquiatra del SAPPIR (Servicio de Atención Psicopatológica y Psicosocial a Inmigrantes y Refugiados del Hospital San Pedro Claver de Barcelona) y profesor titular de la Universidad de Barcelona, es una situación de estrés límite, con cuatro factores vinculantes: soledad, al no poder traer a su familia; sentimiento interno de fracaso, al no tener posibilidad de acceder al mercado laboral; sentimiento de miedo, por estar muchas veces vinculados a mafias; y sentimiento de lucha por sobrevivir. Se calcula que en España puede haber unas 800,000 personas afectadas por esta enfermedad. <http://online-psicologo.com/2007/10/23/sindrome-de-ulises/>

³ El ataque a las Torres Gemelas en Estados Unidos el 11 de septiembre del 2001 provocó una nueva era en la seguridad internacional que impactó el fenómeno de la migración.

que mantenía. Al mismo tiempo, cuando retorna a su comunidad, el stress y la depresión se mantienen porque las cosas han cambiado en su ausencia.

Según Joaquín Arango, el Síndrome de Ulises debe diferenciarse de un cuadro depresivo típico:

Tristeza, llanto, irritabilidad, culpa, insomnio, temor al fracaso, ansiedad y tensión causados por la cantidad de decisiones que el inmigrante debe tomar en tiempo breve, culminan a menudo en síntomas físicos o somatización del problema. Aparecen entonces, dolores de cabeza, fatiga, molestias en músculos y huesos... son todas respuestas al estrés.

La tristeza y el llanto que sienten los inmigrantes debe diferenciarse de un cuadro depresivo típico, porque estas personas no sienten apatía sino que tienen ganas de luchar y salir adelante. Dichos sentimientos están más bien relacionados con el dolor de las pérdidas y el sentimiento de soledad. En general, el inmigrante posee una gran capacidad de lucha que le hace querer ir hacia delante incluso en contextos muy adversos. Podemos decir que estas personas están caídas, pero no vencidas.

Otros síntomas característicos son la ansiedad y la tensión generados por las preocupaciones de encontrar estabilidad laboral, vivienda, residencia legal, etc. que además los llevan a obsesionarse y en muchos casos les provoca trastornos del sueño por el hecho de pensar permanentemente en ello.

La culpa se asocia al hecho de dejar hijos pequeños en el país de origen, o padres ancianos y enfermos.⁴

Esta discordancia provoca terribles efectos en el emigrante, en su comunidad receptora y en su comunidad de origen. Probablemente Huntington tiene razón en cuanto a describir el Síndrome de Ulises⁵ que viven los mexicanos en Estados Unidos; empero, ha faltado describir ese proceso en la comunidad de origen⁶.

⁴Arango Joaquín. "Inmigración y Trastornos Psicológicos: 'El Síndrome de Ulises'". Blog de Escola de Psicodrama i Psicodansa de Catalunya". <http://www.escat.org/node/110>

⁵ Desde hace algunos años la psiquiatría estudia los trastornos relacionados con la migración y el cambio de ambiente. El psiquiatra y profesor Joseba Atxotegui considera que existe un síndrome típico de las personas que emigran en la actualidad y al que ha denominado Síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple o Síndrome de Ulises. *Ibidem*

⁶ Los emigrantes traen también hábitos y valores de la comunidad receptora a la que fueron y que tratan de implementar en sus pueblos. La drogadicción, delincuencia, libertad sexual, alcoholismo, enfermedades, nuevas consideraciones religiosas y morales, etc., trastocan la vida y dinámica social de las comunidades que los vieron partir hacia Estados Unidos. No podemos decir que haya sido importado ese comportamiento, simplemente es algo inherente a cualquier persona que este envuelta en el sistema de compra-venta mediante

El segundo arquetipo, el Síndrome de Jasón, que comparte la circunstancia migratoria y enfoque del primer síndrome, ve en términos menos drásticos el stress, la angustia y los malestares psicossomáticos o reales que se puedan padecer, su experiencia es menos drástica.

De hecho, el Síndrome de Jasón, podría decirse, es una forma de resiliencia o recuperación. Las peripecias del viaje y de las pérdidas no le afectan tanto al migrante que se inserta en este esquema; al contrario, encuentra en lo nuevo un elemento que le permite superar el recuerdo del pasado. Quizá el sujeto que vive esta condición tiene mayor adaptación al país receptor.

Mientras Ulises vive en la permanente nostalgia del retorno, Jasón se inserta en el aquí y ahora independientemente de su punto de partida. Ulises vuelve, Jasón se adapta y se queda. Son dos maneras de vivir el trauma de la emigración. Empero, si el Síndrome de Jasón es una realidad, podría estarse hablando de una peculiar modernización del emigrante mexicano. Ahora vive un proceso de aculturación que le permite insertarse en la cultura anglosajona con mayor éxito.

En este trabajo se relatará una historia que trata de explicar los arquetipos de Ulises y Jasón en la psicología del emigrante mexicano en Estados Unidos.

De regreso en Milpa Seca

La historia de mi familia paterna inicia con una historia muy peculiar, según palabras de mi padre, son esos relatos de “todo pueblito” en donde por aquellos ayeres de los años 50’s del siglo pasado mi abuelo Tomás conoció a mi abuela en unas tierritas cercanas al Moralillo. Pero, como en todo protocolo de pueblito, mi

una divisa llamada dinero. El cambio, la esquizofrenia que se vive en las comunidades de origen, es un tema que no se ha tratado con mucha profundidad y del cual tratamos de presentar una incipiente exploración.

abuelo sólo podía acercársele si estaba presente su padrino o alguna persona mayor con ellos. Para cuando ya llevaban algún tiempo de frecuentarse, mi bisabuelo acompañó a mi abuelo a pedir la mano de mi abuela, llevando como presente pan, frutas, gallinas y dos vacas. Y así fue como ambas familias de apellidos iguales juntaron sus líneas de vida.

Fueron diez Campos Campos los que nacieron; desafortunadamente, uno de ellos tuvo que regresar con Dios. Supongo que por respeto o por dolor o por ambas cosas, nadie ha hablado de eso y, en lo personal, aún no tengo claro las razones de tan dolorosa pérdida para mis abuelos y tíos. No obstante, los nueve Campos que aún siguen llegando a Milpa Seca, de vez en cuando, comparten un vínculo familiar que han legado a sus hijos, a sus nietos, de una forma tan fuerte que, a pesar de ser todos ellos migrantes viviendo en Estados Unidos, aún siguen regresando a este pueblo, su pueblo, nuestro pueblo.

Milpa Seca tiene sus santos, sus festividades, sus bendiciones y todos sus etcéteras. Cada año trae lo suyo, nuevas tristezas y alegrías, piñatas, galletas, dulces, cacahuates y, ¿por qué no?, también raspones, golpes y palos.

Dice mi papá que lo más anhelado para los chiquillos y chiquillas del pueblo era el día de Reyes, pues en su víspera solían ir a la casa de los abuelos a colocar los huaraches con la esperanza de que los Reyes Magos se detuvieran y les dejaran unos cuantos dulces o galletas.

Mi papá recuerda que él y sus hermanos limpiaban sus huaraches con la intención de impresionar a los Reyes Magos y así obtener el juguete más bonito o el más novedoso. Sin embargo, los Reyes no miraban bien en la oscuridad de la noche y no sabían distinguir el esfuerzo de los niños. A pesar de esto, con los primeros rayos del sol, se iniciaba una gran algarabía entre los muchachos, todos

los amigos del pueblo iban de casa en casa repartiendo sonrisas y desilusiones por los presentes de los Reyes Magos.

No obstante, las ganas de jugar nunca faltaron, siempre había carritos, canicas, trompos e incluso baleros; o bien, algún artefacto del basurero: una lata, una tapa, una escoba, etc., que hacía la felicidad de la niñez.

En febrero, los chiquillos se dedicaban a conseguir los cascarones de huevos para prepararse en honor de la fiesta de carnaval y sacar un extra, para divertirse los forraban de papel de china y rellenaban de confeti, harina y agua. Con todo esto daba inicio la cuaresma; pero, también dice mi papá, empezaban a escasear los recursos económicos, y ahí fue que desde pequeño aprendió a ayunar de verdad y a comer de manera más saludable: alimentos a base de leche, verdolagas, acelgas, lentejas, quelites, y unos cuantos huevos.

Luego, llegaba la primavera y, con ella, la gran migración de mariposas que invadían todos los árboles frutales de los huertos; en especial los duraznos. Lo que para mi padre era una gran alegría porque correteaba las mariposas por doquier; pero, a su vez, era el inicio de un martirio porque los hombres debían emigrar también. Varios abandonaban el pueblo y se iban a trabajar de jornaleros a los campos de California, en Estados Unidos, con pocos recursos, poca comida y con ropa remendada.

Es curioso imaginar que los paisanos de Milpa Seca iban de agricultores de sus tierras al otro lado a trabajar de lo mismo. Mi abuelo explicaba que así lo pedían entonces, que los americanos estaban en la guerra y por eso llevaban campesinos de México. Muchas veces los emigrantes iban en pésimas condiciones, con largas horas de trabajo; pero eso sí, regresaban con suficientes dólares en sus bolsillos para ayudar a sus familias.

Después, cuando llegaba la Semana Santa, también llegaban las buenas y malas noticias de todas las personas que emigraban, para las madres sus hijos eran su consuelo pues estaban a la espera de que aparecieran esos pajaritos llamados “saltapared” para saber en qué casa iba a llegar el cartero con buenas noticias. Si llegaban recursos, que ahora llaman divisas, los chiquillos se ponían contentos porque habría un momento feliz pero sin padre, las esposas también extrañaban a sus hombres y la felicidad efímera no satisfacía ni a hijos ni a esposas ni a madres.

Con junio venían las primeras lluvias del verano que preparaban a los jóvenes para unas forzosas vacaciones en el trabajo. Ya para julio se les encargaba el trabajo de abonar las milpas y deshierbarlas; sin la presencia de los hombres dicho trabajo se hacía insoportable. En agosto el trabajo era más desahogado porque las milpas y los cultivos estaban grandes y empezaban a rendir sus frutos: calabazas tiernas, elotes, chiles, jícamas, jitomates y camotes.

Estos últimos eran asados en los enormes hornos de mi abuelo. Al ayudar, mi padre y sus hermanos se granjeaban una buena dotación de camotes que comían con leche de vaca o cabra por las noches. Mi padre, a menudo, dice que éste tipo de “infancia feliz” y, de alguna forma, desinteresada, ya no se ve en todos lados y los juegos de antes ya no les bastan a los niños de ahora.

Llegaba septiembre, el mes patrio, entre gritos de independencia y de sufrimiento, la familia Campos esperaba una llamada por teléfono o una carta donde se les decía que el patriarca de la casa, o sea mi abuelo, llegaría para la fiesta del pueblo. Entonces el ánimo de toda la familia iba en aumento, al igual que todos los chiquillos y chiquillas que tenían a su papá del otro lado. Sin embargo, ese año, mi abuelo no llegaría hasta octubre, en plena madrugada. Mi papá dice

que escuchó un leve toque en la puerta y lo divisó por la ventana. Venía con una enorme maleta cargada de sueños e ilusiones para su familia. Esa madrugada fue de las más felices que mi padre recordaría en toda su vida. Pero también de las más tristes. Con los ojos rasados de agua, mi abuelo les dijo que traían el cuerpo de Marcelino, el hijo de su gran amigo Don Camilo, que había muerto en Estados Unidos, atropellado por una máquina rozadora de maíz poco antes de salir a México y que lo habían traído para enterrarlo en su tierra. Marcelino era estimado porque, con sus primeros salarios, compró los uniformes, pelotas y guantes del equipo de béisbol del pueblo. Antes de sepultarlo en el panteón, los deportistas le rindieron homenaje llevando su ataúd en hombros y recorriendo las bases del campo de juego donde jamás volvería a jugar. Mi padre recuerda que esa fue la primera vez que vio llorar a su padre y a los hombres de Milpa Seca. Hasta la fecha, como esta historia lo dice, muchos paisanos que mueren en Norteamérica piden ser traídos a su pueblo como última voluntad.

Otra tradición bien arraigada en este pueblo es la fiesta del Santo Patrono, mi tío se llama como él y mi abuelo tocaba en la banda de viento hasta el amanecer cuando correspondía la celebración del calendario. Se agradecía al Santo que cuidara de los del pueblo y se le cumplían mandas para que el próximo año las cosas fueran mejor. Para medio día, los Campos se iban a misa de doce y regresaban a la casa de nuevo para deleitarse con la barbacoa que hacía el abuelo. Más tarde se juntaban con los amigos para asistir al Rodeo donde se hacía una corrida de toros y en la noche iban todos a los juegos mecánicos. La fiesta del Santo Patrono era la más importante y los emigrantes estaban obligados a auxiliar al Mayordomo –que en ocasiones era uno de ellos– a darle de comer al

pueblo y hacerlo feliz una vez al año, para soportar la enorme carga de penas que restaban los otros días.

En noviembre se honraba a los muertos por medio de una visita familiar al panteón, ahí les llevaban flores al hijo de mi abuelo, a los bisabuelos y aquellos amigos que se habían adelantado. Y después de esos días tan sagrados, la familia nuevamente se preparaba para la milpa, para cortar el rastrojo, subirlo al mezquite y dárselo a los animales para cuando hubiera escasez de pastos. Cuenta mi papá que, una vez que se cosechaba todo el maíz se lo llevaban al cacique que tenía una desgranadora, les pagaba una miseria por cada costal que recolectaban y pesaban.

Afortunadamente, con la llegada de diciembre y las vacaciones, la familia Campos estaba reunida todo el tiempo. Iban al río, a la finca, a los hornos, hacían recolección de las ollas para las piñatas, cortaban el árbol de navidad y el musgo para el nacimiento. Después regresaban a arreglar la casa de los abuelos para hacer las bolsitas de los aguinaldos y, ya con las Posadas, disfrutaban de un rico atole que la abuela preparaba con mucho amor.

Y, cuando por fin se acercaba el año nuevo, se preparaba todo para degustar unas gallinitas, un borrego, un guajolote y, sobre todo, se le volvía a pedir al Altísimo que el año venidero fuera mejor que éste, que la tierra se llenara de prosperidad y que hubiera trabajo para todos los que se quedaban. También se le pedían milagros, se le agradecía por todo lo que se había obtenido y se daban las gracias por cuidar a las familias.

Mis padres tuvieron que venir de mojados a los Estados Unidos cuando el abuelo enfermó. Estaban los siete Campos más grandes sentados en la sala con sus gorras y mochilas, todos en silencio, con esa tristeza por abandonar el lecho

familiar y las querencias; pero, también, con esa curiosidad por saber como eran los Estados Unidos y qué se sentía ganar dólares. Después de cenar, todos se quedaron en la sala sin decir nada, esperaron las bendiciones de su madre y algunos consejos del abuelo. Sabían todos que era necesario marcharse. A la media noche pasó la camioneta que se los llevó junto con otros muchachos del pueblo.

Casi una década pasó mi padre viajando entre Milpa Seca y los Estados Unidos. El abuelo se curó y los Campos fueron cambiando. Los migrantes ya no eran como antes, cada vez pasaban más tiempo en Estados Unidos porque la tierra ya nada les dejaba y les costaba mucho mantenerla y cosecharla. Mi padre, como sus hermanos, llevó a su esposa a los Estados Unidos y su familia nació allí. Las crisis económicas y la corrupción en México golpeaban duro a los campesinos y por eso la vida tuvo que buscarse en otro lado. No obstante, desde allá hicieron muchas cosas por su pueblo. Unas salieron bien y otras no. Le pusieron carretera, compusieron la escuela, la presidencia municipal y el atrio de la Iglesia. Cuando vieron que el pueblo cambiaba rápido y que ya no se parecía al de sus recuerdos; se detuvieron. El peso de la costumbre, de la tradición y de la comunidad los serenó.

Cuando mi abuelo murió, los tíos vendieron la tierra, las vacas y las gallinas. De esas vacas que entendían a silbidos y parecían niños sólo queda el recuerdo. Como el recuerdo del abuelo que nos prestaba su camioneta a escondidas, como el recuerdo de la panadería y los árboles de aguacate. Dice mi padre que las nuevas generaciones ya no tienen amor ni aprecio por las costumbres, las tradiciones y, sobre todo, la tierra. Al morir mi abuelo sólo unos meses le sobrevivió la abuela; ese era amor del bueno.

De todo lo que había sólo queda la casa de los Abuelos. Ahí nos reunimos cuando vamos a Milpa Seca. Los hermanos mayores vendieron todo y se trajeron a todos a Estados Unidos. Aquí la familia se separó, algunos se fueron a Arizona, otros más a Texas, Wisconsin, Utah, California y demás estados. En ocasiones coincidimos en Milpa Seca, en la casa de los abuelos, todos llegamos con camionetas tratando de ver quien tiene la mejor, lindas jovencitas chicanas acompañan a los Campos de la tercera generación que somos nosotros. No usamos más huaraches ni burros.

Los Campos de ahora somos mexicanos y norteamericanos, hablamos inglés y ya no cultivamos la tierra. Las pláticas de mi padre son como una máquina del tiempo que describe un pueblo inexistente. A Milpa Seca lo ha alcanzado la civilización. Por más que lo intento, nunca he visto donde estaban las calles, el jardín, la Iglesia y el Rodeo del que me habla mi padre. Incluso el paisaje se ve solo y no hay más siembra. No entiendo como pudieron ser tan felices en un pueblito de polvo que tiene una imagen triste y nostálgica. Mi familia compró un terreno donde construimos una casa estilo *California* que sólo visitamos una vez al año; aunque a veces ya no queremos venir. Les comento a mis padres que cuando los entierre venderé la casa para pagar mi primera película o documental de la carrera de cinematografía que estudio en Nueva York.

Las fiestas de las que hablaba mi padre ya no son como las recuerda, son más modestas. Ahora, por la influencia de los emigrantes, se venden pizzas, hamburguesas, steaks y más cosas gringas que los mexicoamericanos comemos. Milpa Seca es más la tierra del emigrante que de quien se queda.

A veces creo que quiero a la tierra de mi padre; aunque en realidad yo me siento estadounidense. Sabemos que cuando ellos mueran serán enterrados aquí;

pero esa será la última vez que vendremos a este pueblo lleno de fantasmas. En lo personal prefiero morir en Estados Unidos.

Milpa Seca es un pueblo bonito; pero sólo venimos aquí para divertirnos y que nos cuenten historias. No me casaría con una chica de aquí aunque sean más decentes y buenas cocineras que las chicanas y gringas. Vivimos en lugares diferentes y no creo que nos asimilemos. Sin embargo, no está mal tener aquí una novia para ensayar.

En Milpa Seca no hay de qué vivir. El trabajo se presenta tan difícil que los hombres se van todos y también están empezando a irse las mujeres. El dólar es la moneda más poderosa y sólo se consigue en Norteamérica. Aunque algunos también se han vuelto adinerados vendiendo drogas. Se vuelve peligrosa la comunidad cuando la violencia es un recurso de acción permitido.

Sin que mi padre lo notara me volví protestante. Los pentecostales me enseñaron a valorar más el trabajo, el orden, la ley y los Estados Unidos. El ser emprendedor. Es difícil que nos acepten los americanos, pero aceptando sus reglas ya no pueden negarse. Sólo hay que olvidar, quitarse la nostalgia, y pasar del olvido al no me acuerdo. Vivir en Norteamérica también se ha complicado, pero con trabajo y saliendo a otros estados, las cosas se consiguen. Tengo que ser empresario si quiero vivir mejor. Hemos Campos por toda la Unión Americana tenemos nuevos sueños. Reconocer a nuestro país y triunfar reclamando nuestros derechos.

Cada vez es más difícil regresar y quizá, a los mexicoamericanos, pronto nos prohíban salir de Estados Unidos. Milpa Seca se quedará vacío y, entonces, quizá, llevemos sus fiestas, los Santos y los recuerdos a Norteamérica.

Conclusión

Se deben mirar hechos sociales y culturales en las comunidades y circuitos de migrantes transnacionales. Los cambios en la vida material, el abandono colectivo, los discursos sobre el éxito y el fracaso de los migrantes, la esquizofrenia, los conflictos en la comunidad de origen y en la comunidad receptora, etc., en otras palabras, las subjetividades de los migrantes y los aspectos de su vida social, deben ser considerados elementos de gran valor en el estudio del fenómeno. Dichos elementos son parte de los procesos hegemónicos, de combinaciones específicas de coerción y consenso, acordes a los contextos socioeconómicos donde están insertos los emigrantes.

La migración es un fenómeno internacional. Se caracteriza por una violencia sistemática representada principalmente por la explotación laboral. Las naciones desarrolladas, ahora preocupadas por su seguridad nacional, reactualizan su racismo mediante políticas restrictivas y limitantes hacia los inmigrantes. Se construye social, cultural, jurídica y económicamente la diferencia del otro. Se criminaliza una falta administrativa, el hecho de no llevar documentación en un país diferente no es un crimen.

Los estados de origen no tienen la culpa de la emigración internacional, el sistema económico mundial no los beneficia. Norteamérica tiene políticas migratorias sumamente excluyentes. La migración internacional tiene una constante económica: la migración indocumentada es funcional para el sistema. Los empresarios y las naciones desarrolladas se subsidian con los trabajadores

migrantes, el hecho de que no haya derechos ni garantía alguna beneficia la ecuación económica del capitalismo.

Las naciones pobres dependen cada vez más de las remesas y viven la tragedia sociológica de la migración. Cabe hacer la pregunta de cómo utilizar mejor las remesas para evitar esas situaciones de patología social. Todavía no pueden crear las condiciones necesarias para evitar migraciones gigantescas y que se incrementan día con día.

La migración es un indicador de la falta de oportunidades de trabajo y refleja las lamentables condiciones de vida en la población mexicana. Tiene como consecuencia la pérdida de mano de obra joven, que en un segundo término se traducirá en un mayor nivel de envejecimiento de la población del país.

Los mexicanos viven en un sistema capitalista imperfecto donde millones de ciudadanos no son sujetos de crédito. Y ahí radica una de las causas principales de la migración, en la incapacidad de gran parte de la población de acceder al crédito, para salir de un apuro, pagar un entierro, una fianza, una enfermedad. A lo largo de más de un siglo los mexicanos que no tienen acceso al crédito han aprendido que la mejor manera de conseguir efectivo es irse a trabajar a Estados Unidos. El salario mínimo en México da apenas para sobrevivir, no da para más.

Las remesas enviadas de Estados Unidos constituyen la segunda fuente económica del país. A pesar de los beneficios que aportan a la población el gobierno mexicano no les brinda el apoyo adecuado y tan necesario a los migrantes mexicanos. Sólo le interesa la entrada de divisas que proporcionan con su trabajo.

Otro factor estimula la emigración en México, el hecho de que están matando a los jóvenes. Cada día queda evidenciada la manera en que el narcotráfico está apoderándose de ellos para sus múltiples actividades.

Los pueblos están vaciándose; pero antes de que queden solos sufren profundas transformaciones que están dejando a México sin capital social y paralizado frente a las dinámicas de los sujetos migrantes. Los migrantes están sufriendo de una actitud apocalíptica a una integrada y nadie se está dando cuenta.

La narración que se incorporó en este trabajo sólo trata de mostrar que la emigración, el camino del éxito, está siendo la única ruta que las comunidades rurales encuentran para cambiar su situación económica y modernizarse. Empero, el iniciar de esa forma el paso de sociedades tradicionales a sociedades ultramodernas, está generando un cambio de mentalidades colectivas que afectará a Estados Unidos y México. La religión constituye el elemento más difícil de desarraigar de la mente de los migrantes, pero, también, es un hecho que hay una integración a la cultura angloprotestante cada vez más significativa. El paso generacional, la circulación de las familias migrantes, terminará por despoblar las comunidades de origen.

El Síndrome de Ulises coloca a los emigrantes mexicanos en una especie de limbo histórico que vuelve insoportable el contexto estadounidense o mexicano para ellos; no saben dónde quieren estar ni cómo quieren vivir. Tal situación es adversa para ellos, en Estados Unidos no los quieren y el México que ellos quieren, no existe más. Nadie sabe cómo aprovecharlos de forma positiva. Regresarán a su Comala comprendiendo que la identidad sólo es un fantasma y la modernidad es inevitable.

El Síndrome de Jasón implica una pérdida de capital humano y social que cobrará altas facturas en el devenir histórico de México. La disminución de las remesas y de la migración generará conflictos sociales que alimentarán el poder del narcotráfico y la corrupción. Es altamente positiva la integración de los mexicoamericanos a Norteamérica, generará vías alternas de modernización que deben estudiarse posteriormente; globalidades diferentes. Empero, la disminución de remesas y capital humano mostrará el atraso en la justicia social que el gobierno mexicano tiene y que sigue sin resolver. El reto para el Estado es significativo pero sus gobiernos siguen omitiendo sus responsabilidades.

Fuentes

- Alarcón Saldivar, Alfonso. “Los Inmigrantes Mexicanos y su Cultura. ¿Amenaza o Ventaja para Estados Unidos?”. *Debate social*, ITESO, abril, 2006, no. 11. México. Consultado en <http://www.debate.iteso.mx/numero11/Articula/Inmigrantes.htm>
- Arango Joaquín. “Inmigración y Trastornos Psicológicos: ‘El Síndrome de Ulises’”. Blog de Escola de Psicodrama i Psicodansa de Catalunya.” <http://www.escat.org/node/110>
- Arizpe, Lourdes. “Migración y Cultura. Las redes simbólicas del futuro”. *Revista Nexos*, mayo 2004, no. 317, pp. 55-64, México.
- Arroyo Alejandre, Jesús, Berumen Sandoval, Salvador y Rodríguez Álvarez David. “Nuevas Tendencias de largo plazo de la emigración de mexicanos a Estados Unidos y sus remesas”. *Papeles de Población*, Universidad Autónoma de México, enero-marzo 2010, Vol. 16, no. 63, pp 9-48, México. Consultado en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=11213201002>

- Castro Miguel (2005). *Migración Morelense*. Consultado en www.coespomor.gob.mx/suplemento.php. México.
- Cruz Piñeiro, Rodolfo. “Emplearse en los Estados Unidos”, *Revista Nexos*, mayo 2004, no. 317, pp. 39-43. México.
- Duran, Jorge (2004). *Morelos tierra y trabajo*, Siglo XXI. México.
- Guzmán Gómez, Elsa; León López, Arturo. “Multiactividad y migración campesina en el poniente de Morelos”, *Política y Cultura*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, no. 23, 2005, México. Disponible en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S018877422005000100007&lng=es&nrm=iso accedido en 24 mayo 2011.
- Guzmán Gómez, Elsa; León López, Arturo (2005). Multiactividad y migración campesina en el poniente de Morelos, México. *Polít. cult.*, México, n. 23, 2005. Disponible en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422005000100007&lng=es&nrm=iso accedido en 24 mayo 2011
- Heredia Carlos, Panel I “Agenda Global de Migración y Desarrollo”, en ETAL. *Diálogos Migratorios*, (2010), Ed. BUAP, UNAM, U. de G. México.
- Huntington, Samuel (1998). *El choque de civilizaciones*. Paidós. España.
- Huntington, Samuel (2004). *¿Quiénes somos?* Paidós. España
- López Espinoza Mario (2007). “Remesas de Mexicanos en el exterior y su vinculación con el desarrollo económico, social y cultural de sus comunidades de origen”. *Estudios Sobre Migraciones Internacionales*. Programa de Migraciones Internacionales. Oficina Internacional del Trabajo. Ginebra. 2007. Consultado en <http://www.ilo.org/public/english/protection/migrant/download/imp/imp59s.pdf>.

- Netzahualcoyotzi Raúl y Furlong Aurora. “Políticas Públicas y Remesas”, en Ortega Ramirez, Adriana Sletza (2006). *Conexión Puebla: hacia una política migratoria estatal*, BUAP-Montiel y Soriano, México.
- Ornelas Ricardo (2002). Cultura sociodemográfica de Morelos. México. Consultado en www.coespomor.gob.mx/suplemento.php
- Ortega Ramírez, Adriana Sletza y Espinoza Márquez Araceli. “Entendiendo la realidad migratoria, una revisión teórica”, en Sánchez Gavi, José Luis y Ortega Ramírez, Adriana Sletza (Coords.) (2010). *Migración México-Estados Unidos*, BUAP-LunArena, México.
- Vázquez Vázquez, J.D.: (2007) La migración internacional como estrategia de reproducción familiar en la región oriente de Tlaxcala, Edición electrónica gratuita. Texto completo en www.eumed.net/libros/2007b/
- Video “El síndrome de Ulises, una enfermedad psicológica que conviene tratar” Corporación de Radio y Televisión Española. <http://www.rtve.es/alacarta/videos/television/sindrome-ulises-una-enfermedad-psicologica-que-conviene-tratar/398769/>
- Video “El síndrome de Ulises” Cuaderno Intercultural <http://www.cuadernointercultural.com/el-sindrome-de-ulises/>
- <http://online-psicologia.com/2007/10/32/sindrome-de-ulises>

